

los pobres en el nuevo testamento

Quizás convenga para comenzar tener en cuenta que la exégesis moderna de la Biblia, tan meritoria por tantos aspectos, se ha cultivado preferentemente en pueblos ricos, por personas que en buena medida participan de una situación desahogada. Este condicionamiento social puede ser una dificultad, a pesar de todo el honrado esfuerzo científico, a la hora de comprender lo que el N. T. dice de los pobres.

Hablamos de los pobres más bien que de la pobreza, porque éste es el modo de hablar del N. T. Mientras la palabra "pobre" se emplea en muchas ocasiones, la palabra "pobreza" sólo en tres y ninguna vez en los evangelios. Puede ser indicio del predominio del lenguaje concreto, pero también de que lo verdaderamente importante es el hombre.

Empezaremos por una aproximación más externa a los textos, para después detenernos en algunos que tienen mayor dificultad y ver la conexión que pueda haber entre los pobres y algunas ideas básicas del N. T.

EL TERMINO «POBRES» EN EL N. T.

En primer lugar queremos recoger todos los pasajes en los que aparece la palabra *ptôkhoí*, que significa "pobres". Los podemos dividir en tres clases:

1) Textos en los que se les atribuye a los pobres una situación salvífica privilegiada, en los que se les alaba o se les promete bienes salvíficos. a) En los evangelios: son o serán dichosos (Lc 6,20 par), se les anuncia la Buena Noticia (el evangelio) (Mt 11,5 par; Lc 4,18), son invitados al gran banquete del Reino (Lc 14,21 par), uno de ellos, Lázaro, es acogido en el seno de Abrahán (Lc 16,20), una viuda pobre es alabada por Jesús (Mc 12,41 par). b) En los otros escritos del N. T.: Pablo es pobre y sin embargo es capaz de enriquecer a muchos (2 Cor 6,10), Dios ha escogido a los que son pobres a los ojos del mundo para que sean ricos de fe y herederos del Reino (Sant 2,5).

2) Textos en los que los pobres son aquéllos a quienes se les han de dar los bienes que uno posee o

a quienes de hecho se les dan. a) En los evangelios: como condición para el seguimiento de Jesús (Mt 19,21 par), como consecuencia del encuentro con él (Lc 19,8: Zaqueo), como conducta que según los discípulos debía haber seguido María, la hermana de Lázaro (Mt 26,9 par), como hipotético encargo de Jesús a Judas (Jn 13,29), los pobres deben ser invitados cuando se da un banquete (Lc 14,13). b) En los otros escritos del N. T.: Santiago, Pedro y Juan le encomiendan a Pablo y Bernabé que, aunque se dediquen a los gentiles, se acuerden de los pobres de las comunidades judías (Gal 2,10), los cristianos de Macedonia y Grecia han decidido dar una muestra de solidaridad con los cristianos pobres de Jerusalén (Rom 15,26), no se debe afrentar a los pobres dándoles peor trato que a los ricos (Sant 2,2.3.6).

3) Quedan tres textos que no entran en los apartados anteriores: uno de Pablo, en que a los "elementos del mundo" los llama "pobres" en sentido figurado y negativo (faltos de contenido, vacíos) (Gal 4,9); dos textos del Apocalipsis, uno en que "pobre" tiene un sentido figurado o espiritual, negativo (Ap 3,17), otro en una visión apocalíptica, en que "ricos y pobres" es una explicación de la palabra "todos" (Ap 13,16).

Podemos prescindir de los tres últimos textos, que interesan menos a nuestro propósito. Notemos sin embargo que en dos de ellos al sentido figurado o espiritual va unida una connotación negativa: "pobres" son las realidades faltas de valores auténticos o las personas que carecen de las riquezas del espíritu. Los pobres del segundo apartado son sin duda pobres reales, faltos de bienes materiales, la clase ínfima de la sociedad. En los

textos del primer apartado hay algunos en que claramente se significa la pobreza real: la viuda pobre, el mendigo Lázaro (aunque es una parábola. su enseñanza se refiere a la pobreza y la riqueza reales). El texto de Santiago es claramente, incluso descriptivamente realista. El de Pablo se refiere por lo menos a los despreciables en la estimación del mundo, el cual desprecio va unido ordinariamente a la falta de bienes materiales y es de por sí, en el que lo sufre, un modo de pobreza sociológica con repercusiones económicas.

Cuando los pobres son aquéllos a quienes se les da de los propios bienes o con quienes se comparten, no ofrece dificultad admitir que éstos son pobres reales, sociológicos. Tampoco, que en algunos casos singulares un pobre, por su pobreza voluntaria, goce del especial favor de Dios. Es el caso de Pablo, también el de todos los que se hacen pobres y primero y sobre todo el caso de Jesús que "siendo rico se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza" (2 Cor 8,9). Aquí para "se hizo pobre" utiliza Pablo un verbo derivado de *ptôkhós*. La dificultad está en los textos evangélicos, en los que a los pobres en general se les promete el Reino de Dios, sobre todo en la primera bienaventuranza. ¿Es que el simple hecho de ser pobre es un mérito o una garantía ante Dios? ¿Se refieren estos textos a los pobres en su sentido más realista o más bien a los que tienen una determinada disposición interior, que se puede llamar "pobreza espiritual", pero que es compatible con la posesión de riquezas? ¿Puede vincularse la posesión del Reino de Dios a una pura condición social externa, la de pobreza? ¿No es más bien cuestión de disposición interior, de fe, de humildad, de ca-

ridad? Por otra parte, por lo que atañe a los ricos, puesto que en muchos textos se establece una contraposición entre pobres y ricos, entre el favor y privilegio de los primeros y la dureza para con los segundos, incluso su condenación, ¿es que sólo por poseer abundancia de bienes quedarán excluidos del Reino de Dios? ¿no pueden tener esa buena disposición interior que quizás le falte a los pobres? Esta es la dificultad, sobre la que más adelante volveremos.

Resumiendo la impresión que se saca de estos textos en su conjunto hay que admitir el realismo sociológico de la palabra "pobre" (*ptôkhós*) en el N. T. Esto no quita que como todas las palabras pueda ser transportada a un significado metafórico. Pero en el N. T. esto sucede rara vez y es claramente discernible por el contexto. El realismo se confirma con los textos a que nos referiremos a continuación.

MAS POBRES EN LOS EVANGELIOS

No se puede reducir la presentación del tema de los pobres a los pasajes en que aparece la palabra *ptôkhós*. Hay que ampliar y completar con otras palabras que se refieren a la misma realidad y con numerosos pasajes en los que sin una designación determinada se describen o adivinan condiciones de vida propias de pobres. Para abreviar no multiplicaremos las citas.

Hay cuatro textos en los que Jesús junto al término "pobres" o en lugar de él utiliza otras palabras que manifiestamente designan también a pobres. El primero es la predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Lee el oráculo de Is 61,1-2:

"El Espíritu del Señor está sobre mí,

porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres.

Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor." (Lc 4,18-19) (1).

El segundo texto son las tres primeras bienaventuranzas, que constituyen una unidad. Según la versión de Lucas:

"Dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Dichosos vosotros los que pasáis hambre, porque os saciarán.

Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis." (Lc 6,20-21).

El tercero, la respuesta de Jesús a los enviados de Juan el Bautista que le preguntan: "¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?". Prosigue Lucas: "En aquel momento curó Jesús a muchos de enfermedades, ataques y malos espíritus, y a muchos ciegos les devolvió la vista. Después contestó a los enviados: Id a contarle a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia. Y ¡dichoso el que no se escandalice de mí!" (Lc 7,21-23).

El cuarto, las palabras de Jesús en su venida gloriosa: "Venid, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de be-

ber, fui extranjero y me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme... Os lo aseguro: cada vez que los hiscisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hiscisteis conmigo." (Mt 25,35-40).

En este último tenemos una enumeración ejemplificadora de gente que está en la mayor necesidad material. El nombre que valdría para todos ellos sería el de indigentes. Los textos anteriores mencionan a los pobres en lugar destacado y junto a ellos a otros que también son pobres como los que padecen hambre. Aunque otras miserias humanas, como las enfermedades, no sean exclusivas de los pobres, en el contexto real de la vida de Jesús son, al menos preferentemente, enfermos pobres.

Junto a estos textos habría que mencionar todos aquellos en los que se presenta la realidad concreta de estos indigentes, enfermos o hambrientos, y la acción bienhechora de Jesús para con ellos. Aunque no sepamos exactamente la situación económica de cada una de las personas que aparecen en los evangelios, indudablemente en ellos hay mucho pobre. Para entender las bienaventuranzas y otras palabras de Jesús sobre los pobres hay que tener en cuenta su comportamiento para con ellos; su palabra se hace "carne", se hace realidad histórica concreta.

Antes mencionamos un texto de Pablo en que se dice que Cristo se hizo pobre. En los evangelios, de un extremo a otro, de Belén a la cruz, pasando por su predicación itinerante —"El hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Lc 9.58)— Jesús aparece como un pobre. Toma sobre sí las desdichas humanas que viene a remediar (cf. Mt 8,17).

LA GENTE

Para comprender los evangelios se suele hacer una introducción sobre el marco histórico en que se desarrolló la predicación de Jesús. Se habla de los fariseos, de los saduceos, de los zelotas, de los esenios como grupos sociales de la época. Pero con frecuencia se olvida un grupo, el más numeroso y también el que aparece más veces en los evangelios: la gente. Ciertamente no es un grupo tan delimitado socialmente como los otros, pero no deja de tener algunas características. Por lo menos, en cuanto que se distinguen de la clase dirigente (fariseos y saduceos), pero también por su comportamiento respecto a Jesús y de Jesús respecto a ellos. Al hablar de los pobres no se puede olvidar a esta oscura e innominada gente que están por todas partes en los evangelios.

La palabra que se emplea es *ôkhlos* o su plural *ôkhloi*. Se puede traducir por turba, multitud, muchedumbre, público, pueblo, masas populares, plebe o simplemente gente. Esta última denominación, genérica y neutra en principio, es la que cuadra en la mayoría de los casos.

Son muchas veces gente provinciana y campesina de las aldeas de Galilea. A veces están como peregrinos en Jerusalén. De esta gente se dice en los evangelios que acompañan a Jesús, le rodean, apretujan, se le unen por el camino, vienen a él, le oyen, se asombran de su enseñanza, le aclaman como el Profeta, como el Mesías, tienen de él diversas opiniones, murmuran. Jesús a su vez viene a la gente, les enseña, se compadece de ellos, los llama, les da de comer en el desierto... Los discípulos son mencionados a veces junto a la gente.

En consecuencia se puede decir que para Jesús la gente era importante. Eran con frecuencia los destinatarios de su evangelización y de su acción bienhechora. A su vez la actitud de esta gente respecto a Jesús es en bastantes ocasiones positiva, aunque no se ocultan sus fallos. Esta actitud positiva destaca sobre todo cuando se la compara con la de la clase dirigente. En muchas ocasiones juega el papel del coro que expresa su alegría, admiración o temor ante los hechos o palabras de Jesús.

Aunque la palabra *ôkhlos* es muy genérica y se puede aplicar a cualquier número grande de personas reunidas, en concreto en los evangelios en la mayoría de los casos se trata de gente modesta, de aquellos campesinos galileos, del grupo social más bajo y en este sentido social se trata de pobres. Los fariseos desprecian a esta gente, que a sus ojos queda degradada a la categoría de plebe: "Replicaron los fariseos: ¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Es que uno solo de los jefes ha creído en él o un solo fariseo? No, y esa plebe (*ôkhlos*), que no entiende de la Ley, está maldita" (Jn 7,47-49). Hay aquí un desprecio por motivos religiosos: esa plebe para los fariseos es el "am-ha-arez", literalmente "el pueblo de la tierra"; en cuanto al sentido que entonces tenía esta palabra: la gente impía que no aceptaba el ideal legalista de los fariseos. Pero al mismo tiempo eran unos marginados sociales; su descalificación religiosa repercutía en su situación social empeorándola. Y éstos son precisamente los que están más dispuestos a aceptar a Jesús. Estos marginados sociales ("pecadores" según los "piadosos") son los violentos que roban el Reino" (Mt 11,12), es decir, penetran por la

fuerza, introduciéndose en los círculos que se reservaban para sí los "piadosos". Podemos distinguir tres planos: el religioso, el de la consideración social y el económico. El primero se refiere a la relación de los hombres a Dios; los fariseos los dividen en "justos" y "pecadores". El segundo, a la estima que unos tienen de otros; unos son estimados y otros despreciados. El tercero, a la relación de los hombres a los bienes materiales; unos son ricos y otros pobres. Fácilmente se comprende que se dé una estrecha vinculación entre el segundo y el tercer plano; a los despreciados se les cierran las puertas para adquirir bienes y los que carecen de éstos son despreciados. Ambos aspectos se pueden englobar bajo la denominación de marginados sociales. Pero en el judaísmo de tiempos de Jesús la marginación social iba unida a una marginación religiosa; a los marginados sociales se les llamaba "pecadores" y se los consideraba como tales. Las masas populares que seguían a Jesús caen bajo esta triple descalificación religiosa, social y económica: gente maldita, despreciable y pobre.

DICHOSOS LOS POBRES

La primera bienaventuranza en Lc 6,20 dice: "Dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios". En Mt 5,3: "Dichosos los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los cielos". Entre estas dos versiones hay tres diferencias:

1) "Reino de Dios" y "Reino de los cielos": Es conocido que Mt utiliza constantemente la expresión "Reino de los cielos" para designar el Reino de Dios. Más adelante diremos una palabra sobre este Reino.

2) Lc habla en segunda persona, a los que tienen delante, y Mt en tercera, a todos. En este punto es discutido quién reproduce más exactamente las palabras de Jesús. Alguno ha querido darle especial alcance a esta diferencia. Dando la primacía a Lc lo que diría la primera bienaventuranza sería que en el caso concreto de los oyentes de Jesús los pobres eran dichosos. Jesús se dirige a sus discípulos (v. 20); a ellos, que de hecho eran pobres, les dice que son dichosos. Lo mismo podría decir: "Dichosos vosotros los ricos", en el caso de que de hecho los discípulos de Jesús hubieran sido ricos. Lo sustantivo sería ser discípulos; lo accidental, ser pobres o ricos. El evangelio lo predicó Jesús en un país subdesarrollado. La Iglesia, en el caso de un país desarrollado, tiene que hacer una trasposición y consiguientemente en las nuevas y más felices circunstancias omitirá la beatificación de los pobres. Este modo de pensar creo que no es más que una escapatoria, la escapatoria del historicismo: todo aquello sucedió "in illo tempore"; hoy son otros tiempos. Es verdad que lo circunstancial y contingente está presente en toda la vida terrena de Jesús, pero también que la bienaventuranza de los pobres pertenece a la substancia de su evangelio, válido para todos los tiempos. Aun en la versión de Lc lo que entonces dijo Jesús tiene que ser actualizado en la vida de la Iglesia. Los pobres tendrán según los tiempos y los lugares diversa figura histórica, pero siempre habrá en cualquier sociedad un estrato inferior, una gente menos favorecida o socialmente marginada; de ellos es el Reino de Dios. La actualización de la palabra Jesús en el tiempo de la Iglesia y en las circunstancias de cada iglesia local es no sólo

un procedimiento literario sino también una convicción de fe que está en la base de la formación de los evangelios. Por esta actualización el evangelio da origen a los evangelios. Los pobres que oyeron a Jesús adquieren el rango de prototipo de todos los pobres que a lo largo de los siglos oirán su palabra.

3) La diferencia más notable está en que Lc dice "los pobres" y Mt "los pobres de espíritu" ("tô pneúmati"). Indudablemente Lc es realista: son faltos de recursos materiales: significa una condición social. Lo es también en las dos bienaventuranzas que siguen: los que padecen hambre y los que lloran. Lo es en su contraste con los ricos: "Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!" (6.24). Este lenguaje de pobres y ricos, de contraponer unos a otros, de declararse en favor de unos y en contra de otros, tan simple (¿simplista?) y tan tajante, suena a demagogia. Pero el primer deber de honradez es no atenuarlo, no quitarle aristas, no despojarlo de lo paradójico. Lucas se dirige en su evangelio a una iglesia en que las desigualdades sociales son un problema. Por esto es el evangelista de los pobres. Pero, aunque este sea un rasgo lucano, con toda probabilidad su versión es la más fiel a las palabras de Jesús. Mt, aquí como en las siguientes bienaventuranzas, da una versión espiritual. Atiende a la disposición interior de esos pobres. Espiritual no quiere decir espiritualista. No es que prescinda de la pobreza externa, material, sino que a ella añade una disposición interior. Los pobres de espíritu o de corazón o los que saben que son pobres, son los que se presentan ante Dios con las manos vacías, los que no confían en sus

propios méritos, en sus obras, en el cumplimiento de unas leyes en las que estaría encerrada la voluntad de Dios. Se dirige a una iglesia de origen judío en la que el problema era éste, un problema heredado de la disposición interior que Jesús reprocha a los fariseos. Pero esta pobreza ante Dios repercute y se expresa en pobreza ante los hombres, en pobreza sociológica. Es una interpretación legítima, pero una interpretación, de la palabra de Jesús.

Antes señalábamos la dificultad que procede de que se prometa el Reino de Dios precisamente a los que pertenecen a una capa social. Una primera respuesta puede estar en la línea de Mt: los "pobres de espíritu" son los que tienen una disposición interior, no una clase social. Es verdad que el texto de Lc no se puede eludir ni reducir al de Mt. Pero en Lc también hay algo que se refiere a la disposición interior: en las bienaventuranzas Jesús se dirige a sus discípulos, a los que están dispuestos a seguirle. Pero ¿qué relación hay entre ser discípulo de Jesús y ser pobre? ¿Son dos cosas extrínsecas una a la otra, que simplemente se juxtaponen, pero que podrían separarse, o por el contrario ambas cosas están íntimamente unidas? En este último caso ser discípulo de Jesús lleva a ser pobre; o también: ser pobre lleva a ser discípulo. Todavía hay que preguntar: ¿por qué se da esta unión entre pobreza y discipulado? Para responder a esta cuestión hay que enfocar las bienaventuranzas no desde el punto de vista de las disposiciones subjetivas necesarias para el Reino de Dios, sino desde el punto de vista de la voluntad de Dios que gratuitamente elige a los que quiere. La pobreza no es un mérito que reciba el premio del Reino. Las bienaven-

turanzas hay que verlas no desde el hombre, mejor o peor dispuesto, sino desde Dios. Jesús anuncia que Dios ha tenido a bien elegir a los pobres. El beneplácito divino (la "eudokía") es la última palabra; es en sí mismo la última razón por la que Dios elige a éstos y no a otros. Si se redujera a una razón más allá de él, dejaría de ser beneplácito. No se lo puede insertar dentro de un sistema dominado por la idea del mérito humano. La iniciativa absoluta es de Dios, una iniciativa gratuita y benévola. Los pobres son dichosos, porque Dios ha decidido, ha tenido a bien darles el Reino, no porque tengan las disposiciones necesarias para entrar en él. La cuestión de las disposiciones necesarias, de las exigencias que tienen que cumplir, sólo se puede poner en un momento posterior.

Algunos textos ayudarán a comprender este enfoque. En primer lugar, los del A. T. que han sido estudiados por M. Bremer en el artículo anterior. En conexión con ellos, en particular con Is 61,1, están Lc 4,18 y Mt 11,5 (=Lc 7,22). Jesús se aplica las palabras de Is 61,1: él es el mensajero de la Buena Noticia. Los pobres son los destinatarios de su mensaje, el mensaje del Reino. El Reino es de los pobres, no porque sean buenos, sino porque a ellos se les anuncia el Reino. Este anuncio, el evangelio, no es una simple información sino una palabra eficaz, poderosa que hace lo mismo que dice. Jesús no constata la dicha de los pobres sino crea la dicha de los pobres. "Dichosos los pobres" no es más constatable que "el Reinado de Dios ha irrumpido".

La dificultad de la primera bienaventuranza y de las bienaventuranzas en general se puede resolver, pero con una dificultad

mayor: la dificultad de admitir que el Reinado escatológico de Dios ya ha irrumpido, siendo así que según todas las apariencias la historia sigue su camino. No se ve que estemos al final, no se ve que haya llegado o se haya iniciado esa intervención definitiva y victoriosa de Dios, en la que consiste su Reino y su Reinado. La oscuridad de la dicha de los pobres es una parte de la oscuridad de la realidad escatológica. Esta no tiene más respuesta que la persona misma de Cristo y su presencia en la historia como cambio decisivo que inaugura la plenitud de los tiempos.

Sin pretender ir más allá del beneplácito de Dios, que elige a los hombres para el Reino, se puede intentar comprender este beneplácito. Se descubre que esa libertad absoluta de Dios no es una arbitrariedad, que hay en ella una coherencia interna. Lo que sobre esto se puede decir lo resumiría en los dos puntos siguientes: 1) El Reino de Dios se ofrece a los pobres porque es un "Reino pobre"; no es ese Reino de abundancia, esplendor y poder terrenos, que se habían forjado las mentes del jadaísmo oficial y que se forjarán todos los que quieran acomodarlo a su status social. Y porque es un Reino pobre, los pobres tienen una afinidad con el Reino. En un pobre, Jesús, esta afinidad se hace identidad; él es el Reino en persona ("auto-basileía", como dirá Orígenes). 2) Significa además, según la expectación y esperanza del A. T., que Dios como rey va a realizar el ideal de justicia, que no consiste simplemente en la equidad para con todos los ciudadanos, sino en la defensa y protección de los que carecen de ella, los pobres.

Hasta ahora hemos tenido en cuenta el camino que va de Dios (el Reino ofrecido, el evangelio) a

los pobres. Nos queda cerrar el círculo: el ser voluntariamente pobres como camino hacia Dios. La idea de que Dios recorre la mitad del camino y el hombre la otra mitad sería sumamente inexacta. Solamente queremos decir que el ofrecimiento del Reino tiende a su plena realización en la aceptación libre por parte del hombre, aceptación no por las propias fuerzas sino por virtud de la misma gracia del ofrecimiento. Cuando el Reino es aceptado y vivido, se manifiesta ante el mundo, aunque en espera de la plena manifestación final. Los pobres voluntarios, los que han aceptado el Reino y consiguientemente se han hecho pobres, iluminan esa oscuridad de la primera bienaventuranza.

LOS POBRES VOLUNTARIOS

Junto a los pobres por necesidad, los voluntarios. La elección de Dios, la llamada de Cristo, se prolonga en la elección libre que estos hombres hacen de ser pobres con los pobres. Jesús establece y revela una nueva relación radical entre Dios y los hombres y entre los hombres mutuamente. La actitud que los que creen en él tienen hacia los bienes depende de esta nueva relación con Dios inaugurada por Jesús y de esa nueva fraternidad humana.

Jesús advierte del peligro de las riquezas, porque arrastran y se adueñan del hombre, convirtiéndose en rival de Dios y oponiéndose a su dominio absoluto (cf. Mt 6,19-21.24). La seducción de la riqueza ahoga el mensaje e impide que la semilla dé fruto (cf. 4, 19). Esto podría llevar a una sabiduría no desconocida en su tiempo: la de la vida sencilla, que sabe contentarse con poco. Pero Jesús es más radical. El Reino se

compra al precio de todo lo que uno posee, porque lo vale (cf. Mt 13,44-46: tesoro escondido, perla de gran valor). En estos pasajes el tesoro y la perla son imágenes; el “vender todo”, el desprenderse de todo no es imagen. A los discípulos Jesús les exige este desprendimiento (Mc 1,18-14; Mt 8,19-22; Lc 9,57-62). Los discípulos son los que le siguieron en su vida itinerante. Pero visto con los ojos de los evangelistas, actualizándolo, como suelen, a la vida de la Iglesia, discípulos y seguidores de Jesús son todos los cristianos. Aquéllos primeros fueron prototipo de todos los que habían de seguir. Aquí también se puede aplicar lo de la escapatoria del historicismo. El “seguir a Jesús” adquiere un valor permanente por encima de lo circunstancial de su existencia terrena.

Desprenderse de todo y hacerse voluntariamente pobre antes que una exigencia es un buen negocio. No es la conciencia de la obligación ni el peligro de las riquezas lo que lleva a ello, sino la alegría del hallazgo.

Hemos visto antes que no valen dos atenuantes del radicalismo de Jesús, el espiritualista y el historicista. Otro posible atenuante consiste en la distinción entre precepto y consejo. El precepto sería la pobreza espiritual y el consejo la pobreza material voluntaria. En apoyo de esta distinción se suele citar el texto de la vocación del joven rico (Mc 10,17-31; Lc 18,18-30; Mt 19,16-30). Veamos hasta qué punto se encuentra en él un fundamento para esta distinción (2).

En los tres evangelios la escena del rico concluye con una enseñanza de Jesús sobre el peligro de las riquezas, que se dirige a todos, no a los que quieran seguir una particular vocación: “¡Con qué

dificultad van a entrar en el Reino de Dios los que tienen mucho!” (Mc 10,23). Y encarece la dificultad con la imagen del camello y el ojo de una aguja. Desde antiguo se ha intentado reducir la desproporción entre el camello y el ojo de la aguja, o bien sustituyendo el camello (“kámêlos”) por una soga (“kámilos”) o bien haciendo del ojo de la aguja el nombre de una hipotética puerta de Jerusalén. Pero ambas suposiciones carecen de fundamento sólido; por el contrario en el rabinismo se emplean imágenes semejantes a ésta de Jesús. Para entrar en el Reino, es decir, para salvarse hay que buscar el modo de no ser rico. La riqueza, como todo apego al mundo, se opone a la urgencia escatológica del Reino. El episodio del rico ilustra esta enseñanza general.

La versión de Mt es la que sobre todo ha dado pie a la distinción entre precepto y consejo. En el diálogo de Jesús con el rico se distinguen tres pasos: 1) “Guarda los mandamientos”: la voluntad de Dios, en particular los preceptos de la Ley. 2) “¿Cuáles?”: Jesús contesta citando la segunda tabla del decálogo y añadiendo el precepto del amor al prójimo: la Ley interpretada por Jesús es ley de amor. 3) “¿Qué me hace falta? Jesús le contestó: Si quieres ser perfecto (“téleios”), vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que tendrás un tesoro en el cielo; y, anda, vente conmigo”: en este tercer momento se suele ver el paso de lo preceptivo a lo optativo (“si quieres”), del camino común (ser bueno) al camino singular de la perfección (“ser perfecto”). Pero esta interpretación no es del todo convincente.

En primer lugar “perfecto” (“téleios”) es sinónimo de “bueno”, no significa un grado superior de bondad o un género de vida distinto

del común. A veces significa el estado final y celeste en contraposición al actual y terrestre (cf. 1 Cor 13,10; Flp 3,12) o la vida cristiana normal en contraste con una inmadurez que debe ser superada (cf. 1 Cor 14,20; Col 1,28), el cristiano cabal en contraposición al inmaduro; se refiere a lo que debe ser todo cristiano. En Rom 12,2 también dice relación a todos los cristianos. En concreto en Mt se dirigen a todas las palabras de Jesús: "Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto" (5,48), que se puede traducir por: "sed buenos del todo como es bueno vuestro Padre del cielo"; significa cumplir fielmente la ley renovada por Cristo. "Hacer lo que es bueno", "observar los mandamientos" y "ser perfecto" es lo mismo.

En segundo lugar "si quieres" no es facultativo. Según lo dicho no es fundamento para entenderlo en este sentido el hecho de que vaya unido con "ser perfecto"; la perfección como la hemos explicado es el único camino de salvación. También en el v. 17 dice "si quieres" y ciertamente significa una obligación ineludible: "si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos".

Por tanto en el pasaje del joven rico no se encuentra la distinción entre los dos caminos para la salvación, el de los preceptos y el de los consejos. Lo que el evangelio presenta es un único camino, en el cual se puede avanzar más o menos: el camino de la pobreza voluntaria, de vender todo y dárselo a los pobres. Esta es la vocación que se pone delante a todos los cristianos. ¿Significa que el desprendimiento total y efectivo es condición absoluta para seguir a Jesús o entrar en el Reino?

Otros pasajes de los evangelios y la práctica de la primera iglesia

son argumentos para afirmar que el desprendimiento total y efectivo, el venderlo todo y darlo a los pobres, no es una condición absoluta para el cristiano. Zaqueo, por ejemplo, no vendió todo y lo dió a los pobres, sino que les dió la mitad de sus bienes y a los que había engañado les restituyó generosamente (cf. Lc 19,1-10). En las comunidades cristianas primitivas lo que presenta Lucas —con una cierta idealización generalizadora, como se suele hacer notar— no es la simple desposesión de los bienes sino el cambio, ciertamente muy radical, del modo de poseer: de la posesión privada a la posesión en común (cf. Act 2,42-47; 4,32-35). Pero si se señala el caso de Bernabé, que vendió un campo y puso el dinero a los pies de los apóstoles (Act 4,36-37), es sin duda porque se salía de lo corriente. En el episodio de Ananías y Safira Pedro dice: "¿Por qué has mentado al Espíritu Santo reservándote parte del precio de la finca? ¿No podías tenértela sin venderla? Y si la vendías, ¿no eras dueño de quedar con el precio?" (Act 5,3-4). Tampoco se ve que Pablo exija a sus cristianos la renuncia total a sus bienes.

Darlo todo no es un simple caso aislado; tampoco el modelo de una particular vocación, que coexistirá junto a otra vocación, la de quedarse con su dinero para usar bien de él. Tampoco, una ley que se imponga a todos en su literalidad. Es el prototipo de toda vocación cristiana, de toda llamada al seguimiento de Cristo. La característica de este seguimiento es la radicalidad en las exigencias de renuncia, no sólo a los bienes sino hasta a la propia vida. A todos se pone delante este modelo de renuncia. Pero no se impone con la inflexibilidad impersonal de una ley, sino como un llamamiento personal

que tiene en cuenta la situación de cada individuo, en el que caben diversificaciones y modalidades, pero todas tendentes a una misma meta, la que señala la presencia ya iniciada del Reino escatológico. El evangelio no se puede traducir a ley y sin embargo es más exigente que toda ley.

LA SOLIDARIDAD

Hasta ahora hemos hablado de dos clases de pobres: los pobres por necesidad y los pobres por voluntad propia. Primero hemos visto que los pobres reciben el evangelio y con él el Reino; después, que los que reciben el evangelio y el Reino se hacen pobres. En el primer caso la pobreza los lleva al evangelio; en el segundo el evangelio los lleva a la pobreza. Se podría sacar la consecuencia de que lo mismo que hay presos comunes y presos políticos, así también hay dos clases de pobres: los pobres comunes y los pobres religiosos.

Sin duda la trayectoria personal de unos y de otros es distinta. Una serie de textos de los evangelios se refieren al momento que podríamos llamar heroico de darlo todo y quedarse sin nada. Pero tras este momento se entiende que viene el estado permanente de ser simplemente pobres. El térmi-

no de ambas trayectorias es el mismo: pobres que viven el evangelio.

Si hubiera dos clases de pobres fallaría un principio fundamental del espíritu cristiano: la solidaridad. Esta se funda en la solidaridad de Cristo con los hombres, haciendo propias sus miserias afectiva y efectivamente, por la compasión y por el género de vida: "El tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8, 17). Las primeras comunidades entienden el comportamiento con los pobres precisamente desde el ángulo de la solidaridad: "Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos según la necesidad de cada uno" (Act 2,45); "En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía... De hecho, entre ellos ninguno pasaba necesidad, ya que los que poseían tierras o casas las vendían, llevaban el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno" (Act 4, 32-35). La pobreza no se vive como ideal ascético sino como consecuencia natural del amor mutuo y de la conciencia de unidad y de igualdad.

NOTAS

- (1) Reproducimos generalmente la traducción de J. MATEOS, *Nuevo Testamento*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1974.
- (2) Cf. S. LÉGASSE, *L'appel du riche*, Paris 1966.